

En toda la tarde y por todas partes reina el más vivo y al mismo tiempo el más pacífico y honesto regocijo. Que también en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquín, pues que manifestando en sus diversiones la alegría más exaltada y bulliciosa, nunca ó rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolución y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de algunos otros países. Á la de este día convida también, y en gran manera la realza, la hermosura del sitio, porque es frondoso, elevado y pintoresco, con la magnífica vista de la bahía á una parte, y á otra la de la rica y hermosa campiña, sobre la cual descuella el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. Algún día, si quiere Dios, subiendo á su alto homenaje, describiré yo á usted esta grande escena tal cual desde allí se descubre. Por hoy basta lo dicho para que usted forme idea de uno de sus principales objetos, que por muchas circunstancias es tan digno de la atención de los que saben pensar, como está olvidado de las almas corvas y vulgares.—*Marina.*



NOTAS

(1) Me han informado que habiéndose medido pocos años há por los ingenieros de esta plaza la distancia y altura entre el castillo de Bellver y el mar, se halló que el centro de este patio dista de su orilla dos mil seiscientos cuarenta piés, y que está cuatrocientos cuatro piés, dos pulgadas sobre su nivel.

(2) Santañi es una de las villas de esta isla, señalada por sus canteras de un aspecto finísimo, que se emplea en las obras de mayor consideración, y del cual se han construido la Catedral, la Lonja y otros nobles edificios de esta ciudad. He leído también que don Alonso V de Aragón la hizo llevar á Nápoles, y la empleó en la magnífica fortaleza de Castelnuovo, que construyó en aquel reino.

(3) Esta capilla ocupa cinco huecos de bóveda; su forma interior sólo se distingue de la de otras piezas del castillo en que el presbiterio se eleva sobre el piso cosa de un pié, y está embaldosado con buenos azulejos y dividido por una hermosa reja de gusto arabesco. Es gran lástima que no exista el primer retablo, que nos daría alguna idea de la pintura coetánea. En su lugar hay otro moderno, que se reduce á un cartón de tabla, en que se ve mal pintado un retablo, de tan ruin escultura y arquitectura como prometía su edad. San Marcos, patrón del castillo, en medio, y san José y san Liborio á sus lados, ocupan los nichos principales; sobre el cornisamento están san Pedro y san Pablo, en el ático el Salvador y la Virgen, y por remate las armas de los Montellanos. El dibujo y colorido van á la par con la idea, y me excusan de decir más; pero no de copiar la memoria del buen gobernador que costeó la obra. Consérvase en una inscripción, repartida en las aletas del embasamento que salen de la mesa del altar. Copiándola, descubriré á usted el nombre de un pintor mallorquín que no conoce; pero sea en la protesta de que no debe entrar en el apéndice de su biografía artística. La inscripción dice así: «Siendo comandante de este castillo don Pedro Montellano, teniente coronel reformado, á su devoción se hizo este retablo. Antonio Venteyol me fecit, y se bendijo en 18 de diciembre de 1718.»

(4) Sería difícil describir el carácter de esta corte mejor que lo hizo el padre Mariana con su elocuencia y acrimonia acostumbrada. En el cap. 14 del lib. XVIII de su *Historia* se despepita así: «El rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le tocaba algún notable desacato. Más inclinado al sosiego que á las armas, ejercitábase en la cetrería, y era aficionado á la música y á la poesía; todo con atención á representar grandeza y majestad... La Reina, otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de mujer honesta, usaba de entretenimientos semejantes. Así en la casa real todo era saraos, juegos, fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban más en cantar, tañer y danzar que en lo que á su edad y á mujeres con-

venía... Dábanse muy aventajados premios á los poetas, que conforme á las costumbres que corrían, componían y trovaban en lenguaje mallorquin, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovos, lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia, en que le pedía que le buscara con cuidado, y enviase algunos de aquellos poetas, los más señalados.»

(5) Una peste, que cundía por Cataluña y Valencia en 1394, trajo á Mallorca la corte de Aragón. El Rey, la Reina, las infantas, con gran número de damas, barones y caballeros, se embarcaron en Barcelona para preservarse de aquel azote. Una recia tormenta dispersó las galeras; pudo arribar á Soller la del Rey; desembarcó, vino á Buñola, y pasando luego al palacio de Valldemusa, envió á inquirir la suerte de las restantes naos. Sabido que hubo que la galera de la Reina estaba en la bahía de Palma, se vino al castillo de Bellver y llamó á él toda su corte. La salubridad y hermosura de la situación, la abundancia de caza y la comodidad del edificio determinaron sin duda esta elección. Pasaron aquí ocho días, esto es, desde el 21 al 28 de julio, en alegrías y diversiones. Bajaron luego, é hicieron su entrada solemne en Palma, donde fueron recibidos con la mayor ostentación. Hubo para cortejarlos torneos, justas, saraos y todas las alegrías propias de aquel tiempo y conformes al gusto de los reyes. Pero la conducta insolente de la gente menuda que seguía la corte produjo tanto disgusto en la de la ciudad, que hubieron de volverse á Bellver, do prolongaron su residencia y pasatiempos, hasta que en 28 de noviembre volvieron á embarcarse en Portopí, dejando á Mallorca con el dolor de que tantas demostraciones y gastos como hiciera en obsequio de aquellos soberanos no bastasen á templar su desagrado, ni á evitar otras consecuencias que no son de este lugar y de que acaso se dirá algo en el apéndice. Mut, lib. VII, cap. 5, da noticia de este suceso; pero consta más por menor en algunos diarios de aquel tiempo, de que tal vez se hablará en el apéndice.

(6) Pues la poesía provenzal se presenta tantas veces á mi imaginación, ya como tan amada de los reyes que residieron en este castillo, ya como tan análoga á sus circunstancias y verdaderamente poéticas formas, no quiero resistir á la tentación de copiar aquí para usted una carta que pocos días há escribí acerca de ella un amigo de entrambos. Espero que su lectura servirá á usted de entretenimiento, siquiera por la extensión y novedad con que se trata esta materia, sobre la cual nuestros escritores han pasado muy de corrida, adoptando con demasiada buena fe las opiniones infundadas que los extranjeros presentaron como verdades infalibles.

CARTA

* Amigo y señor: como en la conversación que tuvimos anoche sobre la lengua y poesía llamadas provenzales se produjeron y cruzaron muchas ideas, sin que se determinase bien ninguna, y como que usted, aunque inclinado al dictamen que yo sostuve, me pareció no bien convencido de mis razones, he pensado que no le sería desagradable leerlas reunidas y expuestas con más orden del que permite una rápida discusión, y esto pienso hacer en la presente carta, bien que las expondré con la misma franqueza y desaliño con que las oyó de mi boca. La materia no es del todo indiferente, y si yo no voy descaminado en mi dictamen, creo que fundándole podré suplir el descuido con que otros han tratado la materia, en desdoro de nuestro Parnaso.

«Sé que la *Historia literaria* supone á los provenzales inventores de la lengua y poesía que llevan su nombre, y autores de la perfección de una y otra; pero ¿lo fueron? Veámoslo.

«Dos dialectos principales, sin contar otros, dividieron en su origen la lengua francesa. Entre ellos había mucha semejanza, pero también notables anomalías. Una, que

por más familiar en el uso, fijó más la atención, empezó á distinguirlos, y era que en las provincias del norte el adverbio afirmativo *si* se expresaba por la palabra *oui* y en las del sur por la palabra *oc*. De allí vino que al primero se llamase *langue d'oui*, y al segundo *langue d'oc*, y de allí también que por este nombre se indicase después la provincia que así hablaba.

«Mas, sea que en la Provenza, do se hablaba también, se hablase mejor, ó por otra razón, que ni sé ni creo del caso averiguar, á la lengua del mediodía se la bautizó luego con el título de provenzal, y desde entonces la del norte se llamó ya *pro famosiori* lengua francesa.

«Tampoco sé por qué la primera tomó después el título de lengua lemosina, que conserva aún. Pudo venirle del pequeño condado de este nombre, y pudo del más pequeño distrito del *Limoux*, como parece más probable, por estar más vecino á España, donde aquel título tuvo y tiene más uso. Pero como quiera que sea, los dictados de lengua de *oc*, lengua provenzal y lengua lemosina, son enteramente sinónimos y se refieren á un mismo signado.

«Lo que hace más á nuestro propósito es, que este dialecto ó lengua nunca fué peculiar al Languedoc, ni á la Provenza, ni al Limosín, ni á otro punto del mediodía de Francia, sino común á todos ellos, y con ellos á toda la costa del Mediterráneo español, hasta donde le detenía la lengua de los árabes. Por esto, al paso que las medias lunas eran expelidas de aquella costa, el tal dialecto, ó por mejor decir, lengua, se extendió y cundió por todo el reino de Valencia, y saltó á las islas Baleares, pudiendo decirse que antes de la mitad del siglo XIII los aldeaños de su imperio estaban señalados en el Ródano, el Turia y al confín oriental á Mallorca.

«No se diga que los dialectos de estos países son diferentes; porque las anomalías que los distinguen, ó pertenecen á tiempos posteriores, ó son tan ligeras, que no destruyen su identidad, como se podría probar con un millón de ejemplos, si necesario fuese.

«Es también de advertir que lo que digo de la lengua ha de entenderse también de la poesía, y esto con harta mayor razón, pues que aquella se vino á hacer tan de moda entre los poetas, que no sólo componían en ella los franceses y españoles mediterráneos, sino también otros del interior y muchos italianos, y algunos ingleses y alemanes hacían gala de ejercitarla.

«Ahora bien; ¿probarán nuestros vecinos que esta lengua y poesía nacieron en algún punto determinado de sus provincias, y se fueron extendiendo de él hasta las nuestras? Tanto era menester para asegurarse la gloria que pretenden.

«Pero tanto es difícil, porque las lenguas se forman, no se inventan. Brotan y crecen poco á poco; no nacen de la noche á la mañana, como los hongos. Ni nacen en un corrillo ó tertulia, ni en una plaza ó lugar circunscrito, sino en un territorio más ó menos extendido, y siempre entre muchos pueblos, unidos con vínculos de sociedad ó con íntimas relaciones de interés, trato y comercio. ¿De dónde, pues, sacarán sus pruebas? ¿De los nombres dados á esta lengua? Pero estos las destruyen por su misma variedad, porque si el título de Languedoc no excluye el de provenzal, ni este el de lemosina, es claro que ninguno de los tres excluirá el de catalana, que también se dió á esta lengua, y no sin buena razón, para distinguirla de la francesa.

«¿Ocurrirán á la etimología? Pero esta prueba, aunque la más segura para determinar el origen de las lenguas, tampoco favorecerá á nuestros vecinos, porque si nos citan palabras derivadas del griego, diremos que colonias griegas hubo acá como allá; si del latín, que acá y allá dominaron, y allá y acá introdujeron su lengua los romanos; si del teutónico ó gótico, que nuestros visigodos extendieron sus conquistas hasta el Ródano, y fundaron allende del Pirineo una provincia que agregaron al imperio espa-

ñol; y en fin, si del árabe, que también pasaron de acá á dominar por allá las medias lunas.

»Pero tal vez, tomando las cosas de más cerca, nos alegarán la dominación de la dinastía carolina en Cataluña; cantinela que se oye frecuentemente en su boca. Mas si consta que aun en este breve período Cataluña fué gobernada por sus condes, bien que feudatarios; que estos condes se hicieron luego hereditarios, y luego soberanos independientes, y luego acabaron extendiendo su dominación fuera del Pirineo por la Francia meridional, y esto antes que la lengua de que se trata hubiese, por decirlo así, cuajado, ¿qué fuerza tendrá la tal alegación? Á más de que, tratándose de países que hablaban antes una misma lengua, esto es, la latina, y que con ocasión de guerras y alianzas y comercio recíproco andaban siempre unidos ó revueltos, y en fin, de países que por lo menos nada se debían en materia de cultura, ¿no será tan fácil probar que los catalanes llevaron allá esta lengua como que la trajeron?

»Mas no es esto de lo que trato, que fuera contra mis principios, y que tampoco merece grande empeño. Si nuestros vecinos le tuvieren en defender la gloria de inventores, por mí, salva la verdad, que se la lleven, pero peor para ellos.

»Dígolo, porque en semejante materia la invención no es un mérito, la perfección sí y muy grande; aquella es hija de la ignorancia, esta de la ilustración. Es el vulgo, no los sabios, quien forma las lenguas; los sabios, y no el vulgo, las perfeccionan. Al formarse las lenguas vulgares de Europa se puede decir que el instrumento del habla se desmejoró y echó á perder, esto es, que para la expresión de las ideas, un instrumento bueno, bien labrado y pulido, cual era la lengua latina, se fué gastando y torciendo hasta quedar imperfecto y grosero. Mas al perfeccionarse este instrumento malo se fué poco á poco mejorando, y enderezando, y puliendo y adaptando, no solo á la expresión de las ideas, sino también á su atavío y galanura. Veamos pues á quien toca esta gloria, que bien merece la pena.

»No repetiré lo que han dicho en este punto los eruditos jesuitas Lampillas y Andrés, ni fundaré el derecho de nuestra patria en vanos títulos; fundaréle en hechos constantes, reconocidos y atestiguados por nuestros mismos vecinos, y particularmente en dos autoridades que por fortuna tengo á la mano, y que son á cual más respetables, á saber: la de monsieur Gaufridi en el libro II de su *Historia de Provenza*, y la de los eruditos padres don Vaissete y don Vic, en los libros 18, 20, 23 y 26 de la *Languedoc*, á que me remito de una vez por no amontonar citas.

»El señor Juan Francisco Gaufridi, barón de Trets, provenzal y coronista de Provenza, tratando del origen y progresos de la poesía de su país, dice estas notables palabras: «Con esto, viniendo á dominar en él los Berengueles, la lengua tomó nueva forma, como sucede de ordinario (ójo á la frase) cuando se recibe la lengua del Soberano.» En esta mudanza la poesía halló nuevos atractivos, ya en la novedad, ya por los grandes esfuerzos de los poetas á quienes estos príncipes cultivaron con sus beneficios.

»Conozco que este autor dijo aquí más de lo que quiso decir, pues que antes diera por sentado que la lengua y poesía de su país naciera en él. Pero lo que dijo, como quiera que se interprete, siempre probará que según su opinión la lengua de su país se mejoró y pulió con el lenguaje que introdujeron los Berengueles y al influjo de su protección.

»Esto mismo se confirma con los hechos acreditados por la historia del tiempo, pues sin contar el influjo que pudieron tener el trato y comercio de los catalanes con las provincias de esta lengua, su dominación en algunas de ellas, y sus enlaces y parentescos en casi todas antes de la entrada de los Berengueles en Provenza, es constante que la soberanía de estos príncipes empezó allí con el siglo XII; y si su lengua, como

creo, se hablaba ya en el país, solo pudo decirse nueva por más culta y pulida. Y si lo era, ¿cómo no lo sería también la poesía vulgar de Cataluña, esto es, del país de donde los Berengueles llevaron su afición, su talento poético y su deseo de estimular y proteger á los poetas, como lo hicieron, no solo con premios y favores, sino también con ejemplos?

»Por una casualidad, muy feliz para Provenza, este talento y esta afición de sus príncipes, venidos primero de Cataluña, continuaron después renovándose y recibiendo de allí nuevo vigor, porque, ó sus condes por ser de menor edad eran llevados á educar en Barcelona con los soberanos de su familia, ó éstos, venidos á gobernar á Provenza, ya por derechos de sucesión, y ya como tutores de sus sobrinos; circunstancia que no debe ser olvidada para interpretar algunos hechos muy importantes en esta discusión, y de que se han sacado falsas, ó por lo menos muy dudosas consecuencias.

»Uno de ellos, muy citado y cacareado por los provenzales, es la agradable sorpresa con que el emperador Francisco Barba-roja oyó á los poetas que el conde Ramón Berenguel II, por sobrenombre Arnaldo, llevó consigo y le presentó cuando le visitó en Turín. Pero si se considera que este joven conde de Provenza se había educado en Cataluña, que de allí acababa de salir para hacer aquella visita, que no era él, sino su tío y tutor, el conde de Barcelona del mismo nombre (que murió al paso en San Dalmacio), quien la había dispuesto é iba á su cabeza; que éste era el tiempo en que los poetas provenzales necesitaban todavía del ejemplo y recibían el influjo de los catalanes, y en fin, que aquel mismo Príncipe, criado con éstos, había adquirido allí ó cultivado el talento que le dió la opinión de buen poeta, ¿cómo se podrá pretender que los poetas presentados á Barba-roja eran de Provenza, y no de Cataluña?

»Y ¿dónde, sino allí, se educó su sucesor Alfonso II, rey de Aragón y conde de Provenza, que en la historia de esta poesía vale por muchos, no sólo como su protector, sino como su distinguido alumno? Sucedió á éste en el condado de Provenza otro Alfonso, su hijo, que también se educó en Barcelona, mientras que sus estados eran gobernados por don Pedro II de Aragón, su hermano; aquel príncipe tan galán como entendido, tan querido de las damas como loadó de los poetas, y que tuvo un lugar tan distinguido entre ellos como entre sus protectores. Por fin, en Barcelona se educó Ramón Berenguel, tercero del nombre; aquel Mecenas de los poetas, tan pródigo, que según monsieur Gaufridi se empobreció por enriquecerlos, y que no dió menos gloria á la poesía con sus versos que estimulo con sus dádivas. Y si todo esto pasó en el mismo siglo en que se fué mejorando la poesía de Provenza, ¿cómo se negará á la España la gloria de haberla mejorado?

»Agrégase á esto que muchos trovadores de Provenza, no contentos con la protección de su corte, buscaron en las de Aragón y Castilla una más ancha esfera de aprecio y de favor. En ambas anduvieron parte de su vida Pedro Ramón, Hugo de San Ciro y el célebre Folguer ó Fulguerio, obispo de Tolosa, empleado por ambas en negocios políticos y eclesiásticos. Alfonso II, que protegió también á éstos, trajo además á su lado á Pedro Roger y Pedro Vidal; y su hijo, don Pedro II, acogió después á este último y á Ramón Mirabal, y á Aimaro, llamado el Negro de Alvi, y aun al ingrato y extravagante Perdigón, que habiendo empleado su pluma en celebrar la muerte de tan generoso bienhechor, fué después, por su negra ingratitud, odiado y escarnecido de todos. Hasta la prudente reina doña María, su viuda, favoreció á los poetas, entre los cuales escogió después su hijo, el gran don Jaime, á Pedro Cardenal, canónigo de Puy, para que le siguiese en sus expediciones y conquistas.

»Y si las damas provenzales quisieron hacer, y con efecto hicieron, tan gran papel en la historia de esta poesía, ¿no es también cierto que recibieron el impulso de los príncipes Berengueles? Á ellos ó á su influjo, confiesa el señor Gaufridi que se debió

la institución de aquellas célebres cortes de amor que estas damas establecieron, en que ellas presidían y juzgaban, y que fueron después el más ilustre teatro de los ingenios. Así que, mientras las condesas de Provenza los animaban, favoreciendo en su corte tan recomendable institución, otro tanto hacían en Narbona y Carcasona, Ar-mengola ó Ermengalda, tía de don Nuño de Lara, y en Tolosa las dos infantas de Aragón Leonor y Sancha, hermanas de don Pedro II y esposas de los dos condes Raimundos, insignes protectores de los poetas en aquella ilustre escena de la musa provenzal.

Y por último, ¿quién hizo volar esta musa hasta el hermoso país de Italia, sino la discreta Beatriz, último retoño de los Berengueles de Provenza, que impaciente, según la frase de Garibay, de no ser reina, como sus hermanas, después de dar á la casa de Anjou el estado de sus mayores, elevó á Carlos, su marido, á coronarse en Roma y ocupar el trono de Nápoles, y que allí, en medio de los poetas que siempre la seguían, dió el grito de vela, que dispertó los felices ingenios de aquel clima, á quienes tanta gloria llevó después la poesía vulgar?

»Pero si los príncipes españoles tuvieron la de haber educado en su infancia la musa provenzal, y protegídola y perfeccionádola en su edad adulta, otra mayor adquirieron por haber fomentado su vejez y preservádola de la ruina y conservado en España todo su esplendor. Es verdad que monsieur Gaufridi la hace vivir en su país hasta el siglo xv, pues la supone fallecida en manos del pretense rey de Nápoles Renato. Pero á esta época se puede decir que había poetas en Provenza, mas no que había poesía. El mismo señor Gaufridi confiesa y lamenta su decadencia y abandono, y en esto va de acuerdo con los historiadores de Languedoc. Pero el dictamen de Juan Nostradamo es todavía más decisivo en el asunto, por más cercano á estos tiempos, bien que su crítica no sea sin tacha para los más antiguos.

»Hablando este autor de la poesía provenzal y de los profesores que se distinguieron en ella, cierra, por decirlo así, su historia, diciendo expresamente que los poetas y sus Mecenas acabaron con la famosa Juana de Nápoles. *Alors, dice, defaillirent les Mécènes, et defaillirent aussi les poètes.* Y como la trágica muerte de esta reina hubiese acaecido en 1382... es claro que el término de la poesía provenzal en Francia coincide con el del siglo xiv. Este es el que le señalan también los autores del teatro francés, pues que citando la opinión de Nostradamo, dan bien á entender que después de aquel tiempo ya no hubo en la Francia meridional trovadores señalados, sino juglares, que cantaban y repetían las recomposiciones de los antiguos.

»Ahora bien, que en esta misma época y después de ella floreciesen las musas de Aragón es cosa que no admite disputa, y cuando no se probase con el testimonio de muchos historiadores, se probaría con tantas buenas poesías como se compusieron en Cataluña, muchas de las cuales vieron la luz y son harto conocidas.

»Con todo, hay en este punto una duda, y no está todavía bien disipada, y sobre la cual me permitirá usted detenerme algún tanto.

»Da ocasión á ella la famosa embajada que el rey don Juan I envió á Francia pidiendo algunos poetas de Tolosa para su corte, de lo cual resultan al parecer dos consecuencias; una que hacían falta en ella, otra que los había en Francia. El hecho es constante, pero su sencilla exposición hará ver que las consecuencias deducidas de él son falsas.

»Asentemos primero que el rey don Juan no podía desear poetas, porque tenía demasiados en su corte, como censura Mariana y atestigua Zurita. Y cuando le faltasen, la fama de su protección y generosidad, ¿no bastaría para atraerlos á ella sin ruegos ni embajadas? ¿Quién no sabe que los trovadores de aquel tiempo andaban á caza de ella, no sólo de corte en corte, sino de castillo en castillo, y que á este género de mos-

cas bastaba presentarle la miel para que volase á buscarla? ¿No atestigua monsieur Gaufridi que el más célebre trovador de aquel tiempo, el caballero Cibo, llamado después el Monje de las islas de Oro, y que fué el primer coronista de la poesía provenzal, anduvo siempre al lado de la reina Yolanda, y consagró su musa á su alabanza y á la del Rey, su esposo? Luego estos príncipes deseaban otra cosa; y ¿cuál podía ser sino la academia poética que había en Tolosa, para señalar más y más su protección á la poesía, trasladando á su corte una institución que le podía dar tanto esplendor?

»Para que esto no quede en estado de simple conjetura conviene saber que la institución del tribunal ó consistorio de amor de Tolosa no era una institución antigua, sino moderna, ni del buen tiempo de la poesía provenzal, sino del de su decadencia, la que empezó á sentir luego que le faltó la protección y sombra de la familia Berenguela. Había tenido su origen en la asociación que hicieron algunos particulares en 1223 con deseo de restaurar la antigua gloria de la poesía; habíala por tanto abrigado y autorizado el ayuntamiento de Tolosa; pero ni tuvo ordenanzas ni recibió su última forma hasta 1353. Hizose á la verdad muy célebre desde sus principios; pero no debió esta celebridad á la excelencia de sus poetas, de que es buena prueba que el primero que fué laureado por aquella junta, Arnaldo de Vidal, vino allí de la corte de Aragón á disputar el premio. Debióla á la pompa y celebridad con que por el mes de mayo de cada año tenía sus sesiones (de do les vino el nombre de juegos floreales), y al aparato y solemnidad con que se adjudicaban los premios (que eran una violeta de oro y una mosqueta y una caléndula de plata); y en fin, la debió á la codicia con que acudían á estos premios los ingenios, á quien no suele mover menos la vanidad que el interés. Todo esto, ya se ve, hacía mucho ruido desde lejos, y le hacía mayor en una corte tan amiga de la poesía y donde hormigueaban los poetas. Los reyes de Aragón desearon para ella una institución semejante, y para erigirla no bastaban sus poetas. Faltábanle las leyes, las fórmulas y el completo ceremonial de aquel cuerpo literario, que fomentaba á un mismo tiempo la poesía y la elocuencia, y sobre todo, le faltaban poetas prácticos y duchos en los usos y estilos del mismo cuerpo. He aquí ya el objeto de la embajada del rey Juan, tan cacareada como mal entendida. La decadencia de la poesía provenzal en aquel tiempo, y la prosperidad sucesiva de la de Cataluña, no dejan la menor duda en esta explicación.

»Pero tiene además un firme apoyo en el hecho mismo; pues que en efecto el establecimiento de la corte de amor se verificó en Barcelona, y aun se repitió después en Tortosa; y esta institución, lejos de decaer, como asienta el erudito don Juan Andrés, prosperó bajo los sucesores del rey don Juan.

»A pocos años de haber perdido tan celoso protector la musa catalana, halló otro no menos insigne en el infante de Antequera, después Fernando I, el príncipe justo y discreto, que educado en la corte de Castilla, llevó á la de Aragón, con su gran reputación y grandes virtudes, el amor á la poesía y el aprecio de sus profesores, que les manifestó desde la primera edad. Apenas fué llamado al trono por el voto de sus vasallos, cuando contando entre los cuidados del gobierno la protección de las letras, se dió á fomentar la nueva academia poética, añadió más pompa á sus sesiones, y no se desdeñó de presidir alguna vez por sí mismo las que con gran solemnidad celebraba el consistorio ó tribunal de amor de Barcelona para sus juegos floreales; ayudóse en este desigmo de su erudito y desgraciado tío, don Enrique de Aragón, marqués de Villena, honor de nuestro Parnaso, á quien debió España la primera poesía vulgar, la primera versión de la *Encida*, y otras obras que la envidia persiguió é hizo que se condenasen á las llamas. De la solemnidad con que estas juntas públicas se celebraban, y del aparato con que se adjudicaba en ellas la violeta de oro, consta por un precioso fragmento del mismo don Enrique, que publicó el laborioso don Gregorio Mayans

en sus *Orígenes de la lengua castellana*, y de otro, no menos raro, que debemos al erudito bibliotecario don Juan Antonio Pellicer, sacado de un manuscrito de la Aganipe de don Andrés en este pasaje:

»Y cuando don Enrique de Villena
con don Fernando vino
á la insigne Barcino,
el Apolíneo gremio
de su fecunda y elegante vena
ilustró con aplausos y con premio;
donde el Rey presidía
en trono para honor de la poesía.

¿Y acaso no seguiría sus huellas aquel sabio hijo suyo, Alfonso V, gran Mecenas de los literatos, á quien tanto debió la literatura de Aragón y de Italia? Y de que las seguiría también Juan V, rey de Aragón y Navarra, ¿no será una prueba su grande afición á Virgilio, á la cual debemos la traducción de la *Eneida*, que á ruego suyo emprendió el citado don Enrique, su tío? Por fin, menos pudo faltar protección á la musa catalana en la cultísima corte de Fernando II de Aragón, V de España, de cuya época datan las letras y las artes españolas su renacimiento. Así es como la musa llamada provenzal, muda ya y casi muerta en todas partes, pero cortejada todavía por los poetas y protegida por los soberanos aragoneses, se mantuvo en vida y esplendor hasta que unidas las dos coronas, se adornó dulcemente en brazos de la musa castellana.

»No cerraré esta carta sin decir algo de la parte que pudo caber á Mallorca en la gloria de la poesía *soi disant* provenzal, ya que de la que cupo á Valencia han hablado otros más á la larga. Entró en Mallorca favorecida del gran don Jaime, su conquistador, que hijo y nieto de los soberanos distinguidos por su talento poético y por su amor á las buenas letras, tanto los cultivó en su juventud, que pudo un día, como César, ser coronista de sus altos hechos. Amó la poesía, la honró y distinguió, pues ya hemos advertido cómo trajo siempre á su lado al canónigo trovador Pedro Cardinal, y también al dulce Jaime Febrer, tan conocido por sus trovas, á quien sacara de pila y diera su nombre, y á quien protegió siempre con amor de padrino y generosidad de soberano.

»Nos consta además que entre los ilustres caballeros que le acompañaron en la conquista, venía el célebre poeta Hugo de Matallana, que murió gloriosamente al lado del valeroso don Ramón de Moncada, y de otros profesores de su mesnada y familia en el encuentro de la Porrassa.

»Don Jaime II de Mallorca, su hijo, heredero de esta noble afición, fué también grande amator de la poesía. De él sabemos que se complacía en proponer algunas dudas difíciles á los poetas para que las discutiesen en sus cantones; y yo conservo copia de una cuestión teológica que propuso en Pavia al célebre Raimundo Lull, y que éste resolvió en doscientos versos. Ni es de dudar que esta noble afición adornase á su hijo don Sancho, y más aún á su cultísimo y desgraciado nieto don Jaime III, último rey de Mallorca, cuando este príncipe en sus discretísimas leyes palatinas no se desdeñó de destinar un título para los mimos y juglares de su palacio.

»Pero el solo nombre de Lull vale por cuantos testimonios se pudieran alegar en favor de Mallorca. En la esfera inmensa de sus escritos se descubre un amor decidido y un felicísimo talento para la poesía. Han perecido á la verdad los innumerables versos de amor y galanterías que confiesa haber escrito en su extraviada juventud, y aun

yacen olvidados muchos de sus poemas piadosos; pero bastan los que se conocen para prueba de que ningún trovador del siglo XIII le igualó ni en hermosura de dicción, ni en pureza de estilo. Lo más digno de notar es, que mientras los demás trovadores envejecían su profesión y numen, copiándose y repitiéndose unos á otros ideas lúbricas y pensamientos frívolos, solo Lull, levantándose en las alas de la filosofía y de la religión, consagraba su estro, ora á la expresión de las ideas más sutiles y abstractas, tal como en su *Lógica* y *Retórica* en metro catalán, ora á los pensamientos más sublimes y piadosos, como en su patético poema del *Desconort*, y en los que escribió sobre los cien nombres de Dios y sobre el orden del mundo. De forma que si usted considera que Lull nació en Mallorca dos años después de la conquista; que recibió en ella su educación, y que pasó su juventud en la corte de sus reyes, no sólo hallará que la musa balear ganó por él un puesto muy distinguido en el Parnaso catalán, sino que á él deben la lengua y la poesía catalana su majestad y esplendor.

»Yo no sé si ésta fué la razón que tuvo el docto Mariana para decir que los poetas de la corte de don Juan I componían y trovaban en lenguaje mallorquín; pero el suyo fué siempre muy exacto, y sus frases siempre muy pensadas, para que creamos que asentó aquella sin alguna buena razón. Lo que no tiene duda es que el ilustre ejemplo de Lull no fué perdido para su patria. Si el descuido ha dejado olvidar en ella, como en otras partes, las producciones de sus trovadores, la frecuente residencia de los reyes de Mallorca en Cataluña y Francia; la gran cabida que tuvieron los mallorquines, así en su corte como en la de Aragón; su afición constante á los buenos estudios, y el genio que en ellos acreditaron, y que se podría comprobar con muchos y buenos testimonios, no permite que se les excluya de la participación de esta gloria, cuando menos constándonos el aprecio que siempre hicieron de los escritos de su ilustre paisano, cuyos libros andaban á todas horas en sus manos, y el esplendor con que sus discípulos cultivaban todavía la poesía nacional en el siglo XV y á la entrada del XVI. Diganlo los piadosos poemas del presbítero Francisco Prats, lullista de la escuela de Randa, y los del erudito don Arnaldo Des-cos, catedrático en la de Mallorca; diganlo el certamen celebrado en la ciudad á honor del mismo Lull en 1502, en que era decididor y llevaba la voz Antonio Masot, y en que fueron mantenedores (sin contar los aventureros) Juan Odón de Menorca, Jorge Alberti y Gaspar Veri, á quien con gran pompa y solemnidad se adjudicó la joya; diganlo, en fin, el *Cancionero* del sabio Jaime Oleza, y otras obras que acreditan cómo la musa catalana, huyendo de todas partes, estaba aún acogida y estimada en Mallorca, donde respira todavía, y donde algunos eruditos caballeros travesan alguna vez graciosamente con ella, etc.

»*Postdata.* Aunque la disputa actual supone la identidad de los dialectos mediterráneos, oigo que alguno duda de ella, juzgándolos sin duda por su estado presente, en que tanto han variado, no sólo de país á país, sino dentro de cada uno. Ya en el siglo XVI se quejaban los catalanes de que no entendían bien su antigua lengua, pues que muchas de sus palabras estaban sin uso, y su construcción se había alterado notablemente. Así que, el cotejo, para ser concluyente, debería hacerse sobre documentos antiguos y coetáneos. Sin detenerme pues á buscarlos, porque ésta ya es otra cuestión, y no del día, quiero que usted presencia una prueba de identidad que me parece harto decisiva, y es, que el adverbio afirmativo *oc*, que dió su primer nombre á la lengua de que tratamos, se usaba en Cataluña como en Francia. Los testimonios que lo prueban son muy distinguidos.

»El primero es del siglo XIII, y del rey don Jaime el Conquistador, que al cap. 63 de su *Crónica*, refiriendo cierta pregunta que hizo á uno de sus caballeros, estando sobre Mallorca, dice: *E dixem nos: ¿Et sabets ne als? oc, dix ell.* Y dijimos nos: ¿Y sabéis otra cosa?—Sí, dijo él.

»El segundo es del sabio Raimundo Lull, y del mismo siglo, pues que en el poema intitulado *el Concilio*, á la copla 9, dice:

E mant oc est pijor que no.
Y mucho sí, es peor que no.

»Y á la copla 48:

Senyors prelats, no es leó
qui non faça tembre u moltó,
e qui diu oc e puy diu no.
Señores prelados, no es león
el que no hace temblar al cordero,
y quien dice sí y después dice no.

»El tercero es del siglo XIV, y del rey don Pedro IV de Aragón, que en su *Crónica vulgar*, refiriendo el primer parlamento que tuvo con los mallorquines cuando vino á conquistarlos en 1343, dice: *E apres folos demanat si el rey de Mallorques era en la Illa, è dix hu que oc.* Y después fuéles preguntado si el rey de Mallorca estaba en la isla, y dijo que sí. (Vide Mut., lib. V, cap. 10.)

»Estos ejemplos pueden servir también para probar que la palabra *oc* es de origen latino, y que introducida en la media edad la costumbre de expresar la afirmación, primero por la palabra *hoc est*, y luego por solo el pronombre *hoc*, al cabo se dió á este la misma significación que al *sí*, y se le convirtió en adverbio afirmativo.

»Y no diremos lo mismo del *oui*? Paréceme que empezó expresándose la afirmación por la palabra *audivi*, esto es, yo lo oí, que esta fué corrompiéndose hasta pronunciar *oui*, y que así el pretérito latino se convirtió en adverbio afirmativo vulgar. ¡Qué miserias, dirá usted! Pero mal año para quien no se divierta con ellas, etc.»

Si en los hechos y reflexiones que se han reunido en esta carta no va descaminado su autor, la opinión establecida en ella no dejará de hacer buena figura en nuestra historia literaria.

(7) Entre las cortes de amor del siglo XIV fué muy célebre la que tenía en su palacio Taneta Cantelmi, señora de Romanil, así porque asistían en ella las más distinguidas y discretas señoras de la Provenza, como porque esto mismo la hacía más frecuentada de los nobles trovadores de aquel tiempo. Pero nada la hizo tan famosa como la presencia de Laura, sobrina de Taneta, que educada á su lado, ocupó después un lugar distinguido en aquel hermoso coro. Instruida esta ilustre doncella en las buenas letras, y discreta en la poesía, realizó admirablemente con los dotes de su ingenio las gracias soberanas que debió á la naturaleza, y así se formó aquel modelo de hermosura, discreción y honestidad que inspiró al corazón de Petrarca tan puros y tiernos sentimientos, y á su musa conceptos tan delicados y sublimes.

(8) Contaré á usted, aunque sea solo para que se ría de mi estupidez, una de mis ilusiones bellverónicas, á que dió ocasión esta mariposita. Hallábame yo encerrado, y solo y á oscuras, una de las primeras noches que pasé aquí, y estaba ya recogido, aunque desvelado, cuando al abrir los ojos ví con sorpresa una luz amarillenta, pequeña, pero muy viva, hacia la imposta más cercana á mi cama. La primera idea que excitó en mí este raro fenómeno fué que entreabiertos los sillares del muro por la vejez de la obra, dejaban algún pequeño resquicio, por do se entraría la luz de la luna; y sin reflexionar que esto era imposible en muros de doble sillería de tan enorme espesor, rellenos de grueso mampuesto, y unidos por un fuerte mortero, me volví á dor-

mir. Lo más raro es que esta ilusión duró algunos días, sin que tan obvia reflexión me ocurriese hasta que advirtiendo después igual luz bajo del bufete en que leía, y bajándome á reconocerla, hallé que salía de una de las mosquitas que solían revolotear en torno de mi velón.

La vida de este insecto es muy breve, pues que aparece al fin de la primavera, y al cabo de un mes desaparece: ¿sí será la mariposa del gusano que llamamos luciérnaga?

(9) Á cuatro plantas dan aquí el nombre de estepa: primera, la estepa blanca, así llamada, sin duda porque el verde de su hoja velluda y pulposa es blanquecino, aunque su flor, rosácea y de cinco pétalos, es carnesi; segunda, la estepa negra, cuya flor es blanca, y en lo demás igual á la primera, pero su hoja, replegada, resinosa y estrecha, es de verde oscuro; tercera, la estepa bosch, cuyo título equivale al de montesa, aunque yo solo la he descubierto en la cañada de Puigdorfilá. Su flor es en color, forma y tamaño igual á la precedente, pero el verde de su hoja es más claro y está más ancha y redonda. Creo que estas tres especies pertenezcan á las *cistóides*. Cuarta, pero no así la estepa joana, cuyo título debe ser corrupción de *jaune* por el color de su flor. Esta es amarilla, más menuda y también de cinco pétalos, pero largos, estrechos y algo levantados sobre el horizonte. De entre ellos sube perpendicularmente gran número de estambres del mismo color, que se abren un poco para formar corona. La planta es más que doble de las otras en tamaño; su tronco y ramas más leñosos, y sobre todo, la distinguen dos caracteres muy visibles: primero, las hojas, que son pequeñas, redondas, de dureza coriácea, vueltas y rizadas en su orilla, de verde alegre y barniz brillante, y todas llenas de agujeritos, que dan paso á la luz, aunque cubiertas de una membrana blanca y transparente; segundo, las ramas, que hacia lo alto se ven cubiertas de gotas ó globulillos carmesíes y algo transparentes, cuya sustancia es una resina blanda muy pegajosa, y de muy fuerte y no desagradable olor. No se ve sino en las cañadas del bosque, pero en ellas abunda. Todas cuatro sirven para el consumo de los hornos, y la última, según me han dicho, es la que describe Linneo con el nombre de *Hypericon Balearicum*.

(10) Como estas observaciones pueden interesar á los disceptantes de geología, cuyo número crece por días, daré aquí razón más individual de los hechos á que se refieren, en obsequio de los que se aplicaren á estudiar la historia natural de Mallorca.

1.^a La tongada de grandes conchas bivalvas, de que habla el texto, corre horizontalmente este oeste; está situada de diez á doce piés bajo la superficie del cerro, y tendrá como de dos á tres de espesor; pero es de notar que de estas mismas conchas se encuentran en otras partes y á casi igual altura y á flor de tierra, ya amontonadas y en grupos, como ante las casitas de *can Trau* y á la entrada del predio de *son Boté*; ya aisladas é incrustadas en la peña, como en el camino que pasa por los mismos puntos á *Calamayor*, y ya sueltas, y rotas y levantadas por el arado en las tierras labradas de aquel contorno.

Es de notar también que las mismas conchas se descubren en puntos mucho más bajos, ya en el camino que corta la falda meridional del cerro, ya en los que suben desde él al predio de *sa Cova*, cerca del santuario de la *Bonanova*, y en estos puntos también agrupadas ó incrustadas en peña, ó sueltas y esparcidas.

Es de notar, por último, que son de la misma especie las que se hallan incrustadas en la masa interior de los sillares del castillo, señaladamente en el umbral de la torre que mira al este y en el antepecho del puentecillo de la del homenaje, donde pega con su muro á mano derecha. Y como la cantería de do salieron estos sillares tiene su entrada á más de doce piés bajo de la gran tongada, y sus galerías van descen-

diendo á mayores profundidades, es claro que la acción de la causa (sea la que fuere) que las depositó en la superficie y en el centro del cerro, y á tan diferentes alturas en él, y en los lugares circunyacentes, no fué una sola y simultánea, sino repetida en diferentes períodos, ó por lo menos sucesiva y continuada en alguno de mucha duración.

2.^a Las petrificaciones de barrenas ó terebrátulas se descubren en lo alto del cerro, ya en la costa que forma su superficie, ya en piedras sueltas y destacadas de ellas. Yo las he observado solo en la senda ó camino que va desde el castillo á los predios situados al oeste, bien que piedras de la misma especie, con impresiones del mismo marisco, y sin ellas, aunque con señales de haber sido labradas por estos ú otros insectos, se descubren sueltas en las cañadas del norte ó en la superficie de la peña hacia la misma playa.

En cuanto á este fenómeno es de notar: primero, que las impresiones de que se habla no presentan la forma exterior del marisco, ni el menor indicio de la materia, forma y color de su concha, sea que esta se hubiese disuelto, y por decirlo así, transtanciado en la materia de su matriz, ó por otra razón que no alcanzo. Lo que representan es la imagen completa de la espiral que formaba la carne ó sustancia interior del insecto, pero tan entera y perfectamente marcada con todas sus vueltas y revueltas, que no parece sino que fué fundida sobre aquel molde; segundo, que lo mismo se observa en las petrificaciones, las cuales ofrecen la espiral entera de la carne del animal completamente petrificada, ó por mejor decir, cristalizada, pues que está convertida en una sustancia cristalina, aunque opaca, de color blanquecino, muy dura, pero quebradiza. Á esta sustancia cuadra siempre en su matriz la impresión correspondiente grabado en fondo, bien que sin adhesión alguna, pues que se separan al más pequeño impulso; tercero, que la matriz que encierra estas petrificaciones, y en que está hecha su petrificación, parece de la misma sustancia que toda la superficie del cerro, aunque se distingue: primero, en que tiene la forma escoriosa; segundo, en que su grano es más fino y su color más amarillo; tercero, en que es más dura y parece más pesada, bien que sobre todo esto nada se puede juzgar exactamente sin someterlo al análisis químico.

3.^a La roca, ó peña, ó piedra, ó lava, que forma la superficie del cerro, es de color blanco, algo tirante á amarillo ó á rojo, de grano grueso y arenoso, medianamente dura, pero quebradiza y bastante ligera, aunque no tanto como la piedra pómez ni como las lavas finas. Por estas señas se parece mucho á la lava blanca térrea del Vesubio, de que habla monsieur Patrin. La costra que forma es de corto espesor en la cima del cerro, pues que está entre un pié y dos y medio, y aun en algunas partes es tan delgada, que presenta las formas de las piedras y materias que envuelve en sí; pero en el fondo y cañadas del cerro tiene un enorme espesor y difícil de calcular. Con todo, se puede formar de él alguna idea por la peña del fondo de la cascada de aguas dulces que recibe de las vertientes del norte de Bellver, al través del predio de *son Armadans*, cuya forma y materia es harto digna de la observación de un geólogo.

La tierra que se halla entre algunas aberturas de esta costra (cuando no es resultante de su misma descomposición ó de la de los vegetales que nacen sobre ella) es de color rojo muy subido pero en algunas partes se descubre en grandes masas y en diferentes estados de concreción ó dureza, hasta acercarse al de piedra, siempre echada en pequeñas capas ó tongadas, aunque muy rota y resquebrajada. El que quiera observarla en estos diferentes estados, vea con atención la cortadura del camino á la derecha del mismo sitio de Aguas-Dulces, un poco más adelante de la ya dicha cascada.

4.^a Bajo esta costra se ve por todas partes una tongada de piedrezuelas, ya in-

crustadas en lo interior de su superficie en forma de pudinga, ya mezclada con tierras que parecen de la misma sustancia. La de estas piedras es diferente, así como sus formas, colores y tamaños; por la mayor parte son angulosas, aunque hay puntos en que predominan las obtusas ó rodadas; haylas pequeñas, medianas y muy grandes; haylas blancas, jaldes, plomadas, azuladas y negras; las hay, en fin, de un blanco muy subido y de grano finísimo, aunque estas por la mayor parte son más bien una tierra concreta y parecida á la que llaman tierra de pipa. Finalmente se ven también envueltos en esta costra grandes trozos de roca compuesta; pero con la singularidad de que entre las piedrezuelas que entraron en su composición se ven algunas que son pedazos de otra roca, también compuesta, y por consiguiente mucho más antigua. Este raro fenómeno se ve en el camino que va por el extremo meridional del cerro hacia Bonanova.

5.^a Por bajo de esta costra y primera capa empiezan las tongadas terrizas, ó más bien cenicientas, pues que su grano es finísimo, aunque con mezcla de otros más groseros, y además se distinguen por su color y diferentes grados de concreción; siendo de notar que entre todas ellas se suelen encontrar muchas piedras de las arriba indicadas, ya sueltas en sus diferentes capas, y ya en grandes grupos ó filones, que las cortan en diferentes sentidos. Determinar la naturaleza de estas tierras ó cenizas, toca solo á los mineralogistas y químicos. Básteme decir que ni bien pertenecen separadamente á las silíceas ni á las aluminosas; pero que estas dos sustancias las componen principalmente, predominando en ellas, ya los granos arenosos, y ya los calizos.

6.^a Estas capas ó tongadas preceden y siguen á las de las grandes conchas; pero luego suceden las del *marés*, ya puro, ya con mezcla de las piedras arriba citadas, que aparecen esparcidas horizontalmente, ó salpicadas sin orden alguno por lo interior de su masa. Algunas de estas tongadas, aunque interrumpidas por otras de diferentes sustancias, se van sucediendo hasta lo más bajo del cerro, y aun en las peñas de la orilla del mar se ven las mismas sustancias del *marés*, tan puro, que sirve de cantera para las obras, como se puede ver actualmente en *Cala mayor*. Con todo, en algunos otros puntos de la orilla, la peña parece de la misma sustancia que la superficie del cerro.

7.^a Como he dicho que en la costra superficial de éste había algunas señas de fusión, es de mi cargo indicarlas: primero, la materia de esta costra es en la mayor parte lisa, finamente unida, acomodada á la forma de las materias que cubre, y siguiendo siempre la dirección del cerro. Á la simple vista aparece como si su masa, antes líquida y espesa, hubiese fluido desde la altura en grandes ondas, según la inclinación del terreno, envolviendo en sí, ó arrastrando consigo las materias que contenía ó que encontraba, y cuajándose y deteniéndolas al paso que descendía; segundo, pero en algunos puntos de la superficie tiene la forma escoriosa, y aparece como una espuma espesa y cuajada, llena de ampollas y huequedades. Su materia entonces es, ó puramente arenosa, y cual la del *marés*, ó con mezcla de varias sustancias y aun de piedrezuelas. Tiene también forma escoriosa la que envuelve los mariscos petrificados, ó sus impresiones, aunque en la sustancia de su matriz predominan al parecer las materias calizas; tercero, en otros puntos, y por las alturas vecinas del cerro, se descubren sobre la superficie otras impresiones, al parecer formadas por las aguas, como si hallándose en materia á medio cuajar, las hubiese recibido desde lo alto, ya en fuertes chorros, ya en lluvia de fuertes gotas, y corrido después sobre ella, marcando las huellas de los diferentes hilos y regueros por donde la inclinación del terreno la obligaba á colar y dividirse. El que guste de hacer esta observación, que me parece muy curiosa, podrá seguir el camino que baja desde *sa Cova* á los de *son Llodra*, y *son Toells*.

Pero observé más particularmente la garganta que desde el valle de *son Berga* abre la entrada al camino que traen los leñadores del monte de *Bendinat*. Allí las grandes masas de piedra que están sobre el fondo de la cañada, y al norte de ella, se presentan profundamente aserradas y cortadas, como si grandes chorros de agua ó de otro líquido hubiesen caído repentinamente sobre ellas, hallándose su masa en estado de coagulación, y abriendo en su superficie diferentes canales para seguir hasta el fondo; lo cual es tanto más notable, cuanto la materia de esta piedra es por la mayor parte caliza, y sin que por eso indique diferente origen; pues que envolviendo también en sí piedras de diferentes formas y sustancias, y algunas de roca compuesta, no parece probable que hayan tenido el origen primitivo que Buffon y otros señalan á las materias calizas.

8.^a Por último, debo advertir que las observaciones que llevo hechas sobre la costra ó superficie del cerro son aplicables en general á todo el terreno que corre fuera de él por el oeste hasta la dicha entrada del camino de *Bendinat*, y á igual latitud del que va á *Calviá*, donde empieza ya la peña caliza; pero á la del norte, hasta más de tres cuartos de legua del castillo.

Me guardaré yo bien de sacar consecuencias de estas observaciones, así porque desconfío de mis cortos conocimientos en la materia, como porque las creo insuficientes, no solo para formar un sistema, mas ni aun una simple hipótesis. Pero si las cerraré con una observación, que tal vez es nueva, y que á usted, como á mí, parecerá más importante.

9.^a Sépase usted que en esta disposición de la superficie de tan vasto terreno libró la misericordiosa providencia de Dios el bienestar de sus moradores y la felicidad del terreno sobre que vierten su sudor. Yo me explicaré: primero, esta costra de piedra se levanta y remueve con suma facilidad, por su corto espesor y poca dureza; segundo, debajo de ella se halla un terreno, no solo capaz de cultivo, sino muy fértil, y aunque muy pedregoso, esto mismo es una ventaja, pues que las piedras en un suelo que no recibe más agua que la del cielo, sirven para conservar la frescura y jugos de la tierra; tercero, esta misma piedra, sacada de la superficie, es muy propia, por su poco peso, para levantar paredones, formar bancales, establecer el cultivo, que sin ellos sería impracticable, por la inclinación de los terrenos; y sirve también para hacer las cercas, sin las cuales ninguna propiedad sería completa ni segura en un suelo que no solo se labra, sino que está cubierto de árboles frutales; cuarto, estos árboles, ó son indígenas del suelo y nacen espontáneamente en él, penetrando por las hendiduras de su costra, como sucede con los acebuches y algarrobos, en que el hombre no há menester ni pone más industria que la de limpiarlos, guiarlos ó injertarlos; ó son de plantío, como la higuera y el almendro, y entonces bástale abrir un hoyo en la superficie, poner el árbol, cubrirle, y cátales asegurado.

Si en lo demás, que dejo antes observado, cabe mucho de ilusión, por lo menos no cabe alguna en esto último, porque debe saber usted que todo el terreno de que hablo, no solo está cultivado y produciendo anualmente habas, trigo y cebada, sino lleno de olivos, algarrobos, almendros ó higueras, que dan copiosos frutos sin perjuicio de los sembrados, y esto sin que tenga otra gota de agua que las que le caen del cielo. Sin reprobar, pues, el estudio de su historia y naturaleza, admiremos como nuestro buen Dios, de las revoluciones mismas que parecen más destructivas y horrendas sabe sacar nuevas ventajas en beneficio del género humano.

(11) *Pan caritat*. Como este nombre es tan ajeno de su significado, puso alerta mi curiosidad, siempre propensa á subir por el origen de las palabras al conocimiento de las cosas. Meditando, pues, sobre él, sospeché que la costumbre á que se refiere podía ser un resto de aquellos convites religiosos que los antiguos cristianos, para es-

trechar su mutua caridad, celebraban con el nombre de *agapes* después de recibido el pan eucarístico, pareciéndome muy verosímil que en esta ocasión se ejercitase más particularmente la caridad, distribuyendo pan á los amigos ó menesterosos.

Pero habiendo oído después que el caballero Fournas, capitán del regimiento infantería de Borbón, opinaba que esta costumbre podía venir de las charistías de que habla Valerio Máximo (lib. II, cap. I), examiné con mayor cuidado la materia y me persuadí que la opinión de este erudito era más acertada y digna de adoptarse por las siguientes razones:

1.^a El texto de Valerio dice: «Instituyeron también los antiguos un convite solemne, con nombre de charistía, al cual solo asistían los parientes y allegados, para que si entre ellos se hubiesen suscitado algunos resentimientos, se concordasen en medio de las piadosas ceremonias de la mesa y con la mediación de tan buenos conciliadores.» Hasta aquí va conforme con la romana la costumbre mallorquina, pues que el *pan caritat* es un convite de familia, á que no asisten sino los que pertenecen á ella por parentesco ó por muy estrecha amistad.

2.^a Pero un pasaje de Ovidio (lib. II de los *Fastos*) confirma también esta idea. Dice así:

*Proxima cognati dixere charistia cari,
Et venit ad socias turba propinqua dapas.*

Se ve por él que el nombre de *charistía* ó *caristia* (pues de uno y otro modo se halla escrito en antiguos manuscritos) significaba caridad solo en el sentido de afición ó cariño, y aun la palabra griega *charistos*, de donde se derivó, significa obsequio, agasajo, generosidad, nacidos del mismo principio; y éste es precisamente el sentido que tiene esta palabra en *pan caritat*, esto es, pan ó convite de cariño.

3.^a Estos convites se celebraban el 8 de las kalendas de marzo (ó 25 de abril), según el calendario de Constantino, que por lo mismo llama á este día *dies epularum*. Y aunque los de Mallorca no convienen en el día, convienen á lo menos en la estación, pues se celebran por Pascua de Resurrección. Y el no tener día señalado parece á mí que nace de la interposición de la Cuaresma, que es tiempo poco á propósito para tales fiestas.

4.^a Paréceme también que se puede aplicar al *pan caritat* una reflexión de Ovidio sobre las charistías, y es, que las hacía más agradables en Roma la circunstancia de suceder á ciertas ceremonias funerales:

*Scilicet à tumulis, et qui periore propinquis,
Protinus ad vivos ora referre juvat.*

¿No se podrá decir también que el salir de un tiempo de tristeza y penitencia, cual es la Cuaresma, realza considerablemente la alegría del *pan caritat* en Mallorca? El hecho responde.

5.^a Es preciso ocurrir al reparo que alguno tendrá en que esta costumbre venga de tan alto origen, y que desde la dominación romana haya podido pasar hasta nosotros por medio de la de los godos y árabes, y á pesar de tanta diferencia de genios, usos y ritos. Á esto diré que ya se suponga el Cristianismo introducido en Mallorca bajo la dominación romana, como es muy probable, ó que le introdujesen los godos, no repugna que esta costumbre, así como otras muchas, modificada, y por decirlo así, cristianizada, se hubiese conservado aquí. Y diré también que de ningún modo repugna que la adoptasen los árabes, porque la historia acredita que todo pueblo vence-

dor, establecido en sus conquistas, adopta fácilmente las costumbres del pueblo vencido cuando no son contrarias á su carácter. Y por ventura ¿hay carácter á quien repugnen las fiestas en que solo se trata de comer, beber y divertirse?

Los que opinen que el estudio de la etimología es muy importante para averiguar los orígenes de los usos y aun de las opiniones de los pueblos, no me culparán de que me haya detenido en describir el de *pan caritat*.

(12) *Sa, Son, Can*. Este modo de intitular los predios ó quintas de Mallorca debe parecer á usted tan extraño como á mí, y por lo mismo le comunicaré las conjeturas que he formado acerca de él.

Tres palabras preceden á estos títulos: primero, *sa* á los que se toman del lugar en que está situado el predio, siendo de género femenino, como *sa Taulera, sa Cova*; segundo, *son*, y tercero, *can* á los que se tomaron del apellido de sus primeros ó antiguos dueños, como *son Dureta, son Armadans*, ó como *can Virella, can Deyá*.

En cuanto al primero no cabe duda en que es un artículo femenino, equivalente al castellano, y que *sa taulera, sa cova*, vale tanto como *la tejera, la cueva*. Tampoco hay duda en que es de origen latino, y que así como el artículo *la* viene del pronombre *illa*, el mallorquín *sa* se formó del pronombre *ipsa*, corrompiéndose la pronunciación de uno y otro, al mismo tiempo que se convertían de pronombres demostrativos que eran, en simples artículos. La prueba de esto es que para indicar títulos de género masculino se emplea en vez del *el* castellano, el artículo *es* mallorquín, diciendo *es terren, es paredó*, por *el terreno, el paredón*, así como se dice en el dialecto de la isla *sa ma, sa cama*, por *la mano, la pierna*, y *es bras, es peu*, por *el brazo, el pié*.

De aquí he colegido yo que *son* es también un artículo de la misma significación y origen, con la diferencia de haberse formado sobre la terminación neutra *ipsum*; y esta diferencia pudo venir de que el título á que precede es un apellido, á que le dió la terminación neutra, como propia de los adjetivos sustantivos. Pudo venir también de la misma terminación en acusativo, en el que es común al masculino y al neutro, y que lo que hoy se dice *son Dureta, son verí*, antes se dijese *ad ipsum Dureta, ad ipsum verí ó verinum*.

No se puede atribuir igual origen á la partícula *can*, aunque derivada también del latín; pues que á mí ver no es otra cosa que un síncope de la palabra *casam*. He observado que esta partícula precede más bien al título de pequeños que de grandes predios, é inferido que en lo antiguo se aplicó sola á una pequeña casa rústica. Puede probar esto el que en algunos no se dice *can*, sino *cas*, como *cas gayans, cas canonge*, y en el plural se usa frecuentemente de la palabra latina entera, como *sas casas de Génova, sas casas de can Trau*. Ni se extrañe la terminación de acusativo *casam*, porque en el latín de la media edad era muy frecuente decir *ad casam, vel ad casas de N*.

Como quiera que sea, en el día, así esta como las otras partículas se usan ya en calidad de simples artículos.



APÉNDICE PRIMERO

Á la descripción histórico-artística del castillo de Bellver

*Sed finge magnum me aliquod et insigne
vulnus accepisse, quantum mihi census ex-
tare praesidiū et superesse solatii ex iis lit-
terulis, quas á puero hausi?*

SEÑOR DON JUAN CEÁN BERMÚDEZ.—Mi querido amigo: Pues que usted ha leído con gusto la primera parte de mi descripción, espero que le tendrá mayor en leer los apéndices que voy trabajando para ella, y de los cuales va con esta el primero. Conozco el ansia de usted por noticias conducentes para la historia de nuestra arquitectura, en que trabaja tanto tiempo há, y bástame haber recogido un buen número de ellas, harto curiosas y raras, para contar de antemano con el placer que tendrá en recibirlas; cuanto más, si considera que solo una extraña casualidad las pudo hacer salir de los archivos en que yacían, á tanta distancia del continente, en que usted vive, y cuanto más, cuando vea que se refieren á tres edificios que pueden ser contados entre los mejores de la media edad que posee España, y en los cuales admira Mallorca unidas todas las bellezas que la arquitec-